

18 Cien años después de la Declaración de Balfour

23 Trump y la nueva geopolítica en Oriente Medio

28 La sociedad israelí, favorable al 'statu quo'

30 Hamás en busca de su ideología



Escultura de arena simbolizando los 100 años de la Declaración de Balfour. Gaza, noviembre de 2017./SAMEH RAHMI/NURPHOTO VIA GETTY IMAGES

## Israel y Palestina cien años después de Balfour

**E**n 2007 se cumplen 100 años de la Declaración de Balfour, en la que el gobierno británico anunciaba su apoyo al establecimiento de un “hogar nacional” para el pueblo judío en Palestina, por entonces parte del Imperio Otomano. Unas líneas que supusieron un giro decisivo en la historia de Palestina y del mundo árabe y que hoy unos alaban y otros condenan.

Cien años después, el conflicto palestino-israelí sigue siendo el más duradero y divisivo de la zona y con pocas posibilidades de alcanzar una solución a corto plazo. Y ello a pesar de las promesas del presidente Donald Trump y de las novedades en el entorno regional, don-

de Arabia Saudí y sus aliados del Golfo empiezan a dar muestras de acercamiento a Israel, movidos por su enemistad hacia Irán.

Otro factor positivo es la reconciliación palestina, con el apoyo egipcio, impulsada por el agravamiento de la crisis económica en Gaza y la elección de Yahya al Sinwar como líder de Hamás en la Franja.

Sin embargo, persisten fuertes elementos que se oponen a una solución. Por un lado, la parálisis del movimiento palestino, con Abbas a la cabeza y, por otro, la postura del gobierno y, sobre todo, de la sociedad israelí, inmersa en una negación continua de la ocupación.

## Cien años después de la Declaración de Balfour

La asociación entre colonialismo imperial y colonialismo de asentamientos hace que la partición resulte imposible, ya que el único objetivo de éste es conquistar y sustituir.

**Kawthar Guediri**

“[...] me imagino que eso significa que los mahometanos y los cristianos deberán dejar su lugar a los judíos y que los judíos accederán a todos los puestos con preferencia; que se asociarán a Palestina de la misma manera que asociamos Inglaterra a los ingleses o Francia a los franceses; que los turcos y otros mahometanos en Palestina serán considerados extranjeros, de la misma forma que los judíos serán vistos como extranjeros en todas partes salvo en Palestina. Puede que incluso solo se debería garantizar la ciudadanía después de una prueba religiosa”.

Cuando Edwin Samuel Montagu, secretario de Estado para India, escribió su memorándum sobre “El antisemitismo de nuestro gobierno actual” (23 de agosto de 1917) a propósito de la Declaración de Balfour, mostró una clarividencia que sigue de actualidad 100 años más tarde. No es el único. En una carta dirigida a sus padres, la analista política y espía británica, Gertrude Bell, afirmaba: “Es como una pesadilla en la que podemos ver todos los horribles acontecimientos venideros sin poder alargar la mano para impedirlos”.

Sin embargo, las advertencias y las oposiciones no impedirían que el gobierno británico enviase la declaración, escrita por el ministro de Asuntos Exteriores, Lord Arthur James Balfour, a Lord Lionel Walter Rothschild el 2 de noviembre de 1917.

En pocas líneas, Gran Bretaña se atribuía Palestina para situar en ella al “pueblo judío”, o más bien al movimiento sionista, al que consideraba útil en la defensa de sus intereses: “El gobierno de Su Majestad se plantea favorablemente el establecimiento en Palestina de un Hogar nacional para el pueblo judío y dedicará todos sus esfuerzos a facilitar el cumplimiento de este objetivo, conviniendo claramente que nada se hará que pueda vulnerar tanto los derechos civiles y religiosos de las colectividades no judías que existen en Palestina, como los derechos y el estatuto político, de los que gocen los judíos en cualquier otro país”.

Unas líneas que supusieron un giro decisivo en la historia de Palestina y del mundo árabe. De hecho, esta declaración ratificó la división de los territorios árabes del

Imperio Otomano, la separación de Palestina de este espacio, y creó un movimiento colonial de asentamientos en Palestina.

Hoy, 100 años después de la Declaración de Balfour, 70 años después del Plan de Partición de la ONU y 50 años después de la guerra de los Seis Días, el análisis de la declaración mediante un enfoque en el que se asocia el estudio del colonialismo y del colonialismo de asentamientos permite relacionar con coherencia los acontecimientos de los últimos 100 años en Palestina. Desde esta perspectiva, este artículo abordará, en primer lugar, la introducción de la separación y de la partición a través de un colonialismo imperial; en segundo lugar, la Declaración de Balfour, sus razones y la oposición que pudo suscitar; y, finalmente, la superación y la negación de la partición colonial por parte del sionismo como movimiento colonial de asentamientos.

### Primera Guerra mundial, imperialismo, partición y separación

Justo antes de la Primera Guerra mundial, el Imperio Otomano era un campo de batalla entre las potencias coloniales en torno a unos intereses económicos en el que ya se observaban los primeros signos de la futura partición (Rashid Khalidi, 1980). En 1915, el alto comisionado británico en Egipto, Henry McMahon, y Sayed Hussein bin Ali, el jerife de La Meca, entablaron correspondencia con el objetivo de establecer las modalidades de la colaboración entre los árabes –en realidad los hachemíes– y los británicos contra el poder otomano. Esta correspondencia permitió, sobre todo, introducir el concepto de partición regional siguiendo unas líneas étnico-religiosas.

De hecho, en su primera carta a McMahon fechada el 14 de julio de 1915, Hussein anunciaba las futuras fronteras del territorio árabe independiente al final de la revuelta árabe. Este comprendía el espacio que se extendía desde el Mediterráneo hasta Persia, de Adana, en el Nor-

**Kawthar Guediri** es doctora en Política de Oriente Medio y coordinadora científica del Common State Lab Project.



**Lord Arthur Balfour visita Jerusalén el 9 de abril de 1925. En esos días, los residentes árabes estaban en huelga para protestar contra la Declaración de Balfour.**/TOPICAL PRESS

AGENCY/HULTON ARCHIVE/GETTY IMAGES

te, hasta el Océano Índico, en el Sur. Estas fronteras surgieron de las conversaciones con las sociedades secretas arabistas en Siria. Los británicos respondieron excluyendo a las regiones que consideraban que “no eran puramente árabes”, es decir, las regiones en el Norte habitadas por turcos, kurdos y armenios y, en el Oeste, Líbano, en el que había cristianos bajo protección francesa. Palestina, por su parte, nunca se mencionó y no formaba parte de la exclusión británica solicitada por McMahon; y a los árabes judíos no se les incluyó en la ecuación.

Aunque Hussein aceptó la exclusión de algunas partes en el Norte, rechazó el argumento separatista entre cristianos y musulmanes –árabes a la sazón– e insistió en la unión y la unidad del espacio árabe. Además, anunció su oposición a cualquier injerencia extranjera, especialmente de Francia.

Sin embargo, en el mismo momento, Reino Unido y Francia formalizaban políticamente unas negociaciones iniciadas desde hacía tiempo para ampliar su esfera de influencia a Oriente Próximo. Las dos potencias

firmaron un conjunto de acuerdos secretos, los Acuerdos Sykes-Picot, por los apellidos de sus negociadores: François Georges-Picot (cónsul francés en Beirut, y luego en El Cairo, miembro del Partido Colonial francés y defensor de una “Siria integral” bajo la dominación francesa), y Mark Sykes (un consejero diplomático y miembro del Partido Conservador británico).

Sus negociaciones en la sombra definieron la partición y el desmembramiento de las provincias árabes del Imperio Otomano, así como su reparto, poniendo fin a la idea de la unidad árabe.

### **La Declaración de Balfour: racismo, anti-comunismo y colonialismo de asentamientos**

**C**uando Gran Bretaña aprobó la Declaración de Balfour, hacía varios años que los miembros del gobierno discutían sobre los intereses sionistas. De hecho, a principios de la década de 1900, Theodor

Herzl y Joseph Chamberlain –entonces secretario de las colonias– hablaban de la posibilidad de establecer algunas colonias judías en Uganda, que por aquel entonces formaba parte del Imperio Británico. El sexto Congreso Sionista rechazó esa opción en 1905, pero, en 1906, A.J. Balfour y Winston Churchill, ambos diputados por el distrito de Manchester en aquel entonces, siguieron expresando su apoyo al sionismo y a un “hogar” para los judíos. Además, W. Churchill adoptó la idea de un “Estado judío fuerte y libre, a caballo y sirviendo de puente entre Europa y África” en Palestina. Asimismo, parece que Haim Weizmann (futuro presidente del Estado de Israel), que se reunió con Balfour a partir de 1906, mantuvo contactos constantes con David Lloyd George, primer ministro desde el 7 de diciembre de 1916 hasta el 22 de octubre de 1922.

Al igual que A.J. Balfour y J. Chamberlain, D. Lloyd George se mostraba más bien favorable a las aspiraciones del movimiento sionista. Los tres creían, por una parte, en la existencia de un poder judío y, por otra, como sionistas cristianos, pensaban que el establecimiento de los judíos en Palestina favorecería el advenimiento del Mesías (leer a Regina Sharif, 1983). Unos 20 años más tarde, D. Lloyd George explicaría su compromiso a favor del sionismo como una alianza de intereses con una organización política muy influyente (Avi Shlaim, 2005). Por tanto, observamos aquí la versión filosemita del antisemitismo predominante en ciertos círculos británicos de la época.

Por otro lado, conviene señalar que A.J. Balfour había desempeñado un papel preponderante en la represión violenta de los independentistas irlandeses y esperaba convertir a Palestina en un pequeño Ulster.

Así pues, la Declaración de Balfour fue redactada y apoyada por unos hombres que pensaban que los judíos representaban un poder supranacional. Estaban convencidos –especialmente W. Churchill– de que apoyando el proyecto sionista conseguirían, por un lado, el respaldo de los judíos de Rusia y, por qué no, su abandono del movimiento comunista revolucionario, que aportaba una respuesta asimilacionista a la “cuestión judía” (leer a Maxime Rodinson, 1973), y, por otro, la simpatía de los judíos estadounidenses y el apoyo de Estados Unidos en el esfuerzo bélico.

La ausencia de los árabes en el proceso es significativa, confirma su expropiación y reafirma la separación y el antagonismo entre los árabes y los judíos. Significa que sus derechos políticos se transfieren fuera de las fronteras de Palestina y les niega cualquier derecho político en la propia Palestina. Así pues, la expresión “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra” adquiere todo su sentido. Como demuestran los escritos de la época, los árabes entendieron muy rápido que se trataba de un proyecto doblemente colonial en el que se mezclaban el colonialismo imperial y el colonialismo de asentamientos, y se organizaron para protestar.

Las personalidades judías antisionistas británicas consultadas antes de enviar la Declaración (entre las que se encontraban Claude Montefiore, de la Anglo-Jewish Association, y Leonard Cohen, del Jewish Board of Guardians), por su parte, comprendieron su potencial racista y separatista. Aunque cuestionaban el interés de la alianza con el movimiento sionista por razones patrióticas, temían que la Declaración precarizase la situación de los judíos al favorecer su exclusión y arrojar constantes dudas en cuanto a su lealtad. Además, algunos subrayaron que la Declaración contravenía el principio de la autodeterminación al que Gran Bretaña se había comprometido con la entrada en guerra de EE UU. También se puede añadir otro motivo de inquietud entre los que se oponían a la Declaración relacionada con la exclusión de los judíos, que era la de la exclusión de las poblaciones autóctonas y sus repercusiones para la estabilidad de la región.

George Curzon, por aquel entonces miembro del Gabinete de Guerra y líder de la Cámara de los Lores, preguntó al gobierno por el futuro de los autóctonos, los árabes, que no aceptarían ni que “unos inmigrantes judíos les expropiasen”, ni ser “unos leñadores y unos aguadores” (David Gilmour, 1996).

### De la partición a su superación: colonialismo de asentamientos y expansión territorial

**A** sí pues, la Declaración de Balfour confirmó la partición de los territorios árabes del Imperio Otomano según unos criterios demográficos, étnico-religiosos y territoriales, separó Palestina del resto del mundo árabe e introdujo un nuevo actor, el movimiento sionista, que impulsaba un proyecto de asentamiento colonial reafirmando la separación y el antagonismo entre judíos y árabes.

Como señala el antropólogo e investigador Patrick Wolfe (2006), el colonialismo de asentamiento responde a una lógica de eliminación. El objetivo de este movimiento es sustituir a las poblaciones indígenas, como en EE UU o Australia, por ejemplo.

Una vez bajo el mandato británico, el movimiento sionista, entonces minoritario, que miraba a los árabes con condescendencia, desarrolló una estrategia separatista. El desarrollo de una sociedad judía con sus propias instituciones colonizando la tierra y limitando las interacciones con los árabes llevó a instaurar la política del *trabajo judío*, que prohibía a los judíos, a veces recurriendo a la violencia, contratar a obreros árabes.

El proceso de exclusión establecido por el movimiento sionista y la política diferencial británica crearon una situación de doble colonización insostenible para los palestinos, que organizaron la Gran Revuelta, duramente reprimida. Para hacer frente a las

“aspiraciones incompatibles” de los sionistas y de los árabes, Gran Bretaña propuso en 1937 un plan de partición. Plan que, al ser rechazado por una parte del gobierno británico, fue abandonado. Los palestinos rechazaban cualquier partición, pero los dirigentes sionistas consideraban que era una perspectiva al alcance de la mano, una etapa hacia la apropiación de toda Palestina (Benny Morris, 2011). No obstante, hay que señalar que los sionistas revisionistas, los antepasados políticos del Likud y de Benjamin Netanyahu, rechazaron totalmente la partición porque representaba un compromiso.

El mandato se volvió ingobernable, y Gran Bretaña, que se encontraba en un callejón sin salida, devolvió su mandato a Naciones Unidas, donde las grandes potencias (salvo Gran Bretaña que se abstuvo) decidieron que Palestina debía convertirse en la respuesta al antisemitismo europeo. La ONU adoptó la solución partidaria de la partición en detrimento del plan unitario, a pesar de la propuesta palestina de un Estado unitario y de la de los binacionalistas de un Estado binacional.

En cuanto el movimiento sionista obtuvo la promesa de un Estado en noviembre de 1947, empezó la expansión de su territorio y la limpieza étnica de Palestina y, mientras tanto, proclamó su Estado en mayo de 1948 y entró en guerra con sus vecinos árabes. La guerra terminó con la conquista de nuevos territorios, cuya extensión era comparable a la de los territorios que había presionado para apropiarse después de 1937, y con la expulsión del 80% de la población “no judía” del territorio conquistado (Itzhak Galnoor, 1995). El gobierno israelí, siguiendo la lógica separatista del movimiento sionista, colocó a los palestinos restantes bajo un gobierno militar hasta diciembre de 1966 y los sometió a unas leyes discriminatorias y restrictivas para poder expropiar o confiscar la mayoría de las tierras palestinas “legalmente”.

Tras el armisticio de 1949, el tema de la expansión quedó en suspenso, pero no desapareció. ¿Había que dar preferencia a la demografía o al territorio, o era más importante vivir unos con otros o poseer más tierras, con, posiblemente, más árabes? El Estado de Israel –que no podía permitirse una nueva guerra o una fase de expulsión– decidió con pragmatismo mantenerse dentro de las líneas de armisticio al elegir la opción jordana y dejar para más tarde la cuestión territorial.

El tema del Gran Israel vuelve a surgir después de la guerra de junio de 1967 que permitió a Israel hacerse con el control del resto de Palestina, el Sur de Líbano, el Sinaí egipcio y el Golán sirio. Pero la guerra no logró expulsar masivamente a los palestinos. Así pues, al controlar toda la Palestina mandatada y a una parte de su población árabe, Israel se planteó la anexión. Además, esta visión maximalista tenía defensores en todo el escenario político (Nur Masalha, 2000). Los archivos recientemente desclasificados ponen de manifiesto esta

visión, y así descubrimos que, ya en 1967, el primer ministro israelí, Levi Eshkol, hablaba de privar de agua a los palestinos de Gaza para que se marchasen. El Plan Allon, elaborado ese año, que se basaba en una solución de dos Estados siguiendo una lógica de “paz a cambio de territorio”, fue rápidamente descartado, y se empieza el proyecto de colonización de Jerusalén y de Cisjordania. Este se aceleraría tras la llegada al poder del Likud en 1977, y continúa hoy en día.

Por tanto, después de 1967, los sucesivos gobiernos israelíes optaron por una postura que aunaba la colonización de asentamientos y el colonialismo clásico apoyándose en la separación, el control y la explotación. Esta postura se endureció tras la primera Intifada en 1987, y el reconocimiento de Israel por parte de la Organización para la Liberación de Palestina en 1988 no la cambió. El éxito del colonialismo de asentamientos exige la creación de colonias judías, pero también una integración mínima de la población autóctona. Es el dilema del argumento demográfico: anexionar los territorios y su población y quedar en minoría, o vivir separados. Y ese mismo dilema es el que impide al mismo tiempo el éxito del Gran Israel y de la partición.

### **Conclusión: colonialismo de asentamientos y callejón sin salida en la partición colonial**

**H**oy día, unos alaban la Declaración de Balfour y otros la condenan. La legitimidad de Israel deriva de ella según la comunidad internacional. El gobierno británico actual, al que parece que le resulta difícil hacer una introspección sobre el pasado colonial de su país e incluso analizar las motivaciones racistas de esta Declaración y, por tanto, de su política actual, considera que es la prueba de su “papel pionero en la creación del Estado de Israel” (Theresa May, primera ministra británica), y, por último, los palestinos y los árabes consideran que demuestra la ilegitimidad de Gran Bretaña y del sionismo, y que representa el inicio de 100 años de colonización.

Cien años después de la Declaración de Balfour, se siguen negando los derechos políticos al pueblo palestino. El establecimiento en Palestina de un colonialismo de asentamientos, el sionismo, al amparo de un colonialismo imperial, ha permitido la marginación de los autóctonos, los palestinos. Esta asociación de los dos tipos de colonialismo ha llevado a que se recomiende la partición como medio para solucionar la cuestión de Palestina. Sin embargo, esta misma asociación es la que hace que la partición resulte imposible, porque, aunque el colonialismo clásico recurre a las particiones para superar los callejones sin salida políticos a los que se enfrenta en los casos de conflictos étnico-nacionalistas, al colonialismo de asentamientos, por su parte, no le interesa en absoluto la partición, ya que su objetivo es conquistar y sustituir. ■

## Trump y la nueva geopolítica en Oriente Medio

Tras un año de mandato, y teniendo en cuenta los últimos movimientos, crece el escepticismo ante la posibilidad de que Trump alcance una solución a la cuestión israelo-palestina.

Ian Black

**Y**a hace más de un año que Donald Trump ganó las elecciones a la presidencia de Estados Unidos, y desde entonces una parte del mundo especialmente interesada en su victoria es presa de la agitación. Por supuesto, no se puede culpar de todas las crisis de Oriente Medio al polémico multimillonario que ocupa actualmente la Casa Blanca; la mayoría de ellas preceden con mucho a su llegada. Aun así, en el ambiente reina una alarmante sensación de inestabilidad y, desde luego, en este caso no se trata de “noticias falsas”.

A finales de noviembre, Trump hizo una de sus típicas promesas en Twitter, su medio preferido de comunicación pública. Se comprometió a “pacificar el caos que había heredado” en la zona. No se le conoce por su dominio de una materia que ha requerido la atención de todos los presidentes desde 1945. Sin embargo, este año y el próximo se celebran los centenarios de unos acontecimientos históricos que pueden ayudar a explicar la realidad actual: el final de la Primera Guerra mundial, la derrota del Imperio Otomano, el reparto de las esferas de influencia británica y francesa, y la Declaración de Balfour, que prometió un “hogar nacional judío” en Palestina. A raíz de esta última se estableció el sistema de Mandatos y surgieron los Estados árabes de Irak, Siria, Líbano y Jordania. Por otra parte, en mayo de 2018, los israelíes celebrarán su independencia, mientras que los palestinos llorarán la Nakba, el desastre que desembocó en la pérdida de su tierra en 1948.

Setenta años después se puede afirmar que la cuestión palestino-israelí sigue siendo el conflicto más duradero y divisivo de la zona, a pesar de convivir con otras aberraciones mucho más violentas. En la actualidad se encuentra en un estado de práctica parálisis, y por lo tanto atrae menos atención que en el pasado. Antes de su toma de posesión, las ideas de Trump sobre este y otros asuntos fueron sometidas a un minu-

cioso examen. Benjamin Netanyahu, primer ministro de Israel, estaba encantado con su victoria debido a sus discrepancias con Barack Obama sobre temas que abarcaban desde los asentamientos israelíes en los territorios ocupados hasta el empeño por llegar a un acuerdo nuclear internacional con Irán. Netanyahu y otros miembros de la derecha israelí acogieron con satisfacción la promesa de Trump de trasladar la embajada de Estados Unidos de Tel Aviv a Jerusalén [N. del E. : finalmente anunciada el 6 de diciembre] y el nombramiento de un embajador favorable a los asentamientos.

“Estoy considerando la posibilidad de dos Estados y de uno solo. Me gustará la que les guste a las dos partes”, declaraba el presidente en febrero. Su indiferencia a qué solución se dé al conflicto indica una extraordinaria ignorancia de tres décadas de política estadounidense, así como del amplio consenso internacional. Para júbilo de la derecha israelí, la elección de Trump ha puesto punto y final a los esfuerzos por crear un Estado palestino. Los sombríos vaticinios de los palestinos –amargamente decepcionados por la incapacidad de Obama de impulsar su causa– de que su sucesor no resultaría mejor, quedaron confirmados. Al parecer, las grandilocuentes declaraciones que hablaban del “acuerdo del siglo” no se basaban en ninguna idea clara o factible que llevar inmediatamente a la práctica.

La postura oficial de Israel, reproducida por otros países, era que, tras los fracasos de la *Primavera Árabe*, la situación general en Oriente Medio, y en particular la guerra de Siria, el ascenso del grupo Estado Islámico (EI) y la creciente influencia iraní, habían relegado el conflicto con los palestinos a un segundo plano y lo habían convertido en un problema a manejar más que a resolver. Después de todo, los duraderos tratados de paz de Israel con Egipto y Jordania, ambos fieles aliados de Estados Unidos, han resistido. La atención de

**Ian Black** es investigador visitante del Centro para Oriente Próximo de la London School of Economics (LSE). Su último libro, *Enemies and Neighbours: Arabs and Jews in Palestine and Israel 1917-2017* se publicó el 2 de noviembre de 2017 en Reino Unido. Artículo entregado el 27 de noviembre de 2017.

Netanyahu –aunque criticada por antiguas personalidades israelíes de la seguridad que han insistido en la necesidad vital de resolver la cuestión palestina– se ha centrado obstinadamente en lo que él considera la amenaza de Teherán.

## El papel de Arabia Saudí

**E**l primer viaje internacional de Trump como presidente habría saltado a los titulares de todo el mundo cualquiera que hubiese sido su destino, pero el hecho de que fuese Arabia Saudí, el principal aliado árabe y el primer proveedor de petróleo de Estados Unidos, llamó la atención. La eufórica recepción real en Riad se explica por dos factores estrechamente interrelacionados. Trump no es Obama. Este último había despertado la ira de los saudíes y sus aliados conservadores del Golfo, sobre todo por perseverar en el acuerdo nuclear de 2015 con su gran rival, Irán. Por su parte, el nuevo presidente de Estados Unidos dejó claro que tenía la intención de oponerse agresivamente a Teherán, al que calificó como “el principal patrocinador del terrorismo del mundo”, lo cual sonó a música celestial a oídos saudíes.

A principios de 2017, Arabia Saudí se encontraba en un momento de cambios sin precedentes. Para empezar, el rey Salman nombró a su hijo Mohamed príncipe heredero y ministro de Defensa. Mohamed bin Salman –MBS, como se le conoce–, había sido la fuerza impulsora detrás de la intervención militar en Yemen capitaneada por Arabia Saudí en representación del depuesto presidente Abdu Rabbu Mansur Hadi y contra los rebeldes hutíes apoyados por Irán, aunque no estaba nada claro en qué medida. Visto desde Riad, se trataba de un capítulo más de una larga lucha por la influencia en la zona. Irán siempre había prestado apoyo a sus aliados y a sus representantes, y había promovido sus intereses en Irak, Siria y Líbano. Se decía que Saná era la cuarta capital que caía bajo la influencia de Teherán después de Bagdad, Damasco y Beirut.

El resultado ha sido catastrófico para la población de Yemen –el país más pobre del mundo árabe–, que se sigue llevando la peor parte del sufrimiento causado por el bloqueo naval encabezado por Arabia Saudí, los ataques aéreos y la propagación de la malnutrición, el hambre y el cólera que, juntos, amenazan con convertirse en la peor crisis humanitaria del mundo. Mientras tanto, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia seguían mandando asesores, munición y equipo al ejército saudí, haciendo caso omiso de las airadas críticas en sus propios países.

Trump, que en la campaña electoral se había comprometido a abandonar el pacto nuclear con Irán (“el peor acuerdo”), estaba predispuesto a mirar a Oriente Medio a través de los ojos saudíes. La importación

de energía y las lucrativas ventas de armas han sido siempre elementos clave de la relación de Estados Unidos con esa monarquía conservadora. Los ambiciosos planes para modernizar la economía saudí, diversificarla y apartarla de su dependencia del petróleo –lo que MSB y sus consejeros llaman “Visión 2030”– brindaban oportunidades nuevas y deslumbrantes. La privatización parcial de Aramco, la empresa petrolera estatal, fue un espléndido regalo para la Bolsa de Nueva York, como dejó claro el presidente. “Hace mucho que los estadounidenses están locos por los reyes y la monarquía”, comentaba el diplomático estadounidense retirado Aaron David Miller, “pero, por lo visto, el rey Salman y Mohamed bin Salman han batido un nuevo récord nacional de velocidad en convencer al gobierno de Trump de que ellos tienen la llave de la guerra, la paz y la transformación de la zona”.

Muchos atribuyeron la campaña de Riad del pasado verano para aislar a Catar –su pequeño, rico e inconformista vecino, acusado de prestar apoyo a los movimientos islamistas y a los grupos terroristas y de ser demasiado amigable con Irán– a la sensación de que los saudíes y sus amigos se habían envalentonado por la postura de Trump. Fue un mensaje muy personal transmitido por Jared Kushner, yerno del presidente, en repetidas reuniones con MBS, el cual –tal como estaba previsto– fue elevado al rango de príncipe heredero en junio. En el Golfo, la posterior amenaza de Trump de “dejar de garantizar” el cumplimiento del acuerdo nuclear con Irán por parte de Estados Unidos se consideró el final de años de “apaciguamiento” con la República Islámica. MBS llegó a llamar al ayatolá Ali Jamenei el “nuevo Hitler” en una entrevista en *The New York Times*. “Con Obama tuvimos años de zanahorias y ningún palo”, bromeaba el analista político emiratí Abduljaleq Abdulla. “Ahora necesitamos palos”.

## Juego geopolítico en Siria

**L**a enemistad entre Riad y Teherán se remonta a la revolución iraní de 1979 y a la financiación saudí a Saddam Hussein durante sus ocho años de guerra con Irán. Las relaciones mejoraron a finales de la década de los años noventa, pero se deterioraron rápidamente cuando, en marzo de 2011, empezó la guerra de Siria. La intervención militar directa de Vladimir Putin, que comenzó en septiembre de 2015, marcó el punto de inflexión para Al Assad, y en los últimos meses ha conducido a la derrota del EI y al final de su supuesto “califato” en Siria e Irak. Los ataques aéreos rusos fueron decisivos para permitir que el ejército sirio consolidase su control. Sumados al apoyo por parte del movimiento chií libanés Hezbolá y de los guardas revolucionarios iraníes, llevaron a las capitales occidentales a concluir, cuando se cum-



**Dos palestinos escuchan al presidente Trump anunciar el reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel. Jerusalén, 6 de diciembre de 2017.**/AHMAD GHARABLI/AFP/GETTY IMAGES

plían seis años de las revueltas, que Al Assad estaba allí para quedarse.

Con Obama, la política estadounidense había dado la impresión de ser tan ineficaz como incoherente, ya fuese por su tibio apoyo a los rebeldes sirios “moderados” o no yihadistas, o por su incapacidad para castigar los ataques con armas químicas que mataron a 1.300 civiles en la zona de Ghuta en agosto de 2013. A ello le siguió el uso de más armas químicas por parte del gobierno sirio cuando Rusia vetó todas las acciones de Naciones Unidas contra Damasco.

Hasta ahora, la política de Trump se ha centrado estrictamente en la lucha contra el EI. También parece que se ha plegado a las objeciones del presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, y ha dejado de prestar apoyo a los rebeldes kurdos sirios debido a su relación con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, los separatistas kurdos de Turquía. Irán, Turquía y Rusia –y no Estados Unidos y sus aliados europeos y árabes– serán quienes decidan la suerte de Siria. “El futuro de Siria está fundamentalmente en manos de ese triunvirato”, sostiene Emile Hokayem, del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos. “Son los que dominan el cam-

po de batalla y también la diplomacia. En comparación con ellos, Estados Unidos va a la deriva desde el punto de vista estratégico”. La fuerza aérea rusa sigue reforzando a Al Assad, mientras que las zonas rebeldes sufren un asedio por parte del ejército gubernamental que no deja más opción que “morir de hambre o rendirse”.

Moscú ha recogido los frutos en forma de bases navales y aéreas permanentes en Siria, y se ha ganado una reputación de intervenciones eficaces y precisas. Junto con el iraní Ali Jamenei y Qasem Soleimani, jefe de la Fuerza Quds de la Guardia Revolucionaria iraní, Putin ha resultado ser, con diferencia, mejor amigo de Al Assad que cualquier gobierno árabe u occidental lo ha sido de los rebeldes que han luchado para destituir al presidente sirio y que ahora se enfrentan a la amarga derrota final. La postura iraní ha sido coherente y estratégica desde el primer momento. Soleimani también desempeñó un papel crucial en Irak, donde la milicia Fuerzas de Movilización Popular constituyó un elemento decisivo de la lucha de Bagdad contra el EI. En los últimos meses, los saudíes, que habían evitado Irak desde el derrocamiento

de Saddam en 2003, han hecho las paces con Haider al Abadi, al que consideran menos sectario y proiraní que Nuri al Maliki, su predecesor chií. La derrota del EI –que primero perdió Mosul, y luego Raqqa y Deir el Zor en Siria– ha allanado el camino para el establecimiento de un corredor terrestre desde Irán hasta la costa mediterránea, pasando por Irak y Siria. El despliegue de Hezbolá en el sector sirio de los Altos del Golán ha planteado un riesgo real de conflicto con Israel por primera vez desde la guerra de Líbano de 2006. La dimisión de Saad Hariri, jefe de gobierno suní de Líbano, maquinada por los saudíes, podría haberse ideado para presionar a Hezbolá, y ha dado pie a frenéticas especulaciones sobre la posibilidad de que el país vuelva a convertirse en campo de batalla de conflictos subsidiarios, así como a agitadas discusiones sobre una alianza estratégica entre Israel y Arabia Saudí para hacer frente a su enemigo común, Irán. La cuestión palestina, que nunca anda lejos, también parece ser un misterioso elemento de este alineamiento cada vez más evidente.

### Perspectivas poco optimistas

**M**antener en secreto la diplomacia es difícil en una época en que la información, que cubre las 24 horas del día, se somete a escrutinio y se comenta continua y obsesivamente en las redes sociales. No cabe duda de que hay pocas posibilidades de que los elementos fundamentales de cualquier “iniciativa de Trump” sobre Israel/Palestina difieran demasiado de lo que hace años que se debate, en particular la condición de Jerusalén, los asentamientos en Cisjordania, las fronteras y las posibles permutas de territorios.

Parece que, en este momento, la novedad significativa reside en que el entorno regional está cambiando y, en especial, en la disposición de Arabia Saudí y sus aliados del Golfo a enfrentarse a la cuestión palestina y, simultáneamente, dar muestras de amistad a Israel, de manera que puedan centrarse en Irán. A Israel le atrae la nueva vieja idea de que a los países árabes les tentará defender sus intereses a costa de los palestinos. Más allá de la seguridad clandestina y de la cooperación entre los servicios secretos ya existentes, saborea la perspectiva de normalización, que incluiría derechos de sobrevuelo o nuevas oportunidades de negocio e inversión. Aun así, es poco probable que el rey Salman, o más bien su ambicioso hijo y heredero, imiten al difunto presidente de Egipto, Anuar el Sadat, y firmen la paz con Israel sin un acuerdo de paz satisfactorio con los palestinos. La base para ello sigue siendo la Iniciativa Árabe de Paz de 2002, desvelada por los saudíes en el violento punto culminante de la Segunda Intifada.

Otros factores positivos incluyen el decidido apoyo egipcio a la reconciliación entre el presidente pa-

lestino Mahmud Abbas en Ramala y los islamistas de Hamás en Gaza. En parte, la causa es la apremiante necesidad del Cairo de hacer frente a la cada vez más activa insurgencia yihadista del EI, en el Sinaí, luctuosamente puesta de relieve por la masacre de más de 300 fieles en Bir el Abed el 24 de noviembre. En una jugada fascinante, un día después de la teatral dimisión de Hariri, Abbas fue convocado a Riad para comunicarle la importancia de alcanzar un acuerdo de paz con Israel.

Pero también hay poderosas fuerzas que se oponen. Abbas, que ha cumplido 82 años y no tiene sucesor designado, es débil e impopular, además de objeto de frecuentes ataques por no ser más que un “subcontratista” cuyo papel consiste en mantener el *statu quo* de la ocupación israelí. El analista Ahmad Jalidi ha llegado a la conclusión de que el movimiento nacional palestino, fundado por Yaser Arafat y ahora dirigido por Abbas, está efectivamente muerto, y que para su resurrección hay que esperar a que se haga fuerte una nueva generación, que probablemente dudará de las posibilidades de llegar a una verdadera solución de dos Estados.

En el lado israelí también hay poderosas fuerzas contrarias a un acuerdo que otorgue a los palestinos un Estado independiente viable. “El problema es que incluso una alianza de intereses con Arabia Saudí contiene un defecto fatal”, comentaba Zvi Barel, columnista de *Haretz*. “Exige que Israel pague un precio político demasiado alto. Israel piensa que es lícito cooperar con los Estados árabes contra los enemigos comunes, pero no a cambio de una oportunidad de paz real”. Oficialmente, Netanyahu no ofrece más que un mal definido “Estado menor”, e insiste en que Israel conserve el control del valle del Jordán. Naftali Bennett, ministro de Educación y principal rival de Netanyahu por la derecha, ha exigido que Cisjordania se reconozca como territorio israelí, una petición jamás formulada en el medio siglo transcurrido desde la guerra de 1967. Por lo que parece, el apetito de Bennett es cada vez mayor. En el pasado había solicitado que se anexionase el 60% del territorio cisjordano –el Área C de los Acuerdos de Oslo–, en el que vive una población palestina dispersa y que incluye la mayor parte de los asentamientos judíos, al tiempo que se garantizaba la autonomía, pero no la ciudadanía, a sus habitantes palestinos. Cualquier iniciativa provocaría la indignación internacional y constituiría un certificado oficial de defunción de la solución de los dos Estados.

Por ahora, al menos en este difícil y fatigosamente familiar frente en Oriente Medio, el compromiso de Trump en Twitter –“Yo lo haré”– suena a otra fanfarronada más. Los siguientes movimientos del presidente van a ser observados con lupa, pero el profundo escepticismo sobre su capacidad para cerrar el “acuerdo del siglo” es perfectamente comprensible. ■

## La sociedad israelí, favorable al ‘statu quo’

Para el pueblo palestino, no hay esperanza de cambio hacia la paz y la justicia desde dentro de la sociedad israelí, inmersa en una negación continua de la ocupación.

Gideon Levy

**C**on el gobierno de derechas más extremo que Israel ha tenido jamás, la sociedad del país está cambiando rápidamente y volviéndose cada vez más nacionalista, racista, militarista e incluso religiosa. Los 10 años de gabinetes de Benjamin Netanyahu han tenido un profundo impacto en ella. El bando partidario de la paz prácticamente ha desaparecido, ser de izquierdas se ha convertido en una abominación, y apenas existe una oposición significativa. Es posible que Netanyahu no dure mucho más en el cargo, pero sus efectos se sentirán en los próximos años, y ya está afectando a cualquier posibilidad de acuerdo, sea el que sea, con los palestinos.

La ocupación es el gran problema ante el cual todos hacen la vista gorda y del que la mayoría de los israelíes piensa que, si se ignora, no existe. La ocupación, que hace poco “celebró” sus primeros 50 años, apenas se menciona en el discurso israelí, casi nunca se debate, y raras veces los medios de comunicación informan sobre ella. El patio trasero de Israel, que con frecuencia se encuentra tan solo a media hora en coche de los hogares de muchos israelíes, sigue a oscuras, alejado de toda atención pública, y despierta escasísimo interés entre la población. Ésta sabe muy poco de la ocupación, los medios de comunicación no la ayudan a saber, y ella no quiere conocer la realidad de la cual todos son responsables.

¿Qué ha originado esta negación increíble en la que vive la sociedad israelí? ¿Cómo es posible que una ocupación que ni un solo Estado en el mundo reconoce, que infringe las leyes internacionales, que es brutal, violenta y criminal; una ocupación que lleva 50 años quitando la vida a otras personas y que sigue haciéndolo, apenas se mencione en Israel y no despierte indignación ni dudas morales de ninguna clase? ¿Cómo puede la sociedad israelí, tan normal, convivir durante tantas décadas en perfecta paz con la ocupación, estar absolutamente satisfecha consigo misma y creer sinceramente no solo que Israel es la única democracia de Oriente Próximo, sino que su ejército, las Fuerzas de Defensa de Israel, una fuerza de ocupación por definición, es “el ejército más moral del mundo”?

Para responder a estas preguntas hay que ahondar en los valores por los que se guían los israelíes judíos. En primer lugar, la creencia profundamente arraigada y compartida por casi todos, si no todos ellos, de que el pueblo judío es en verdad el pueblo elegido. Tanto los religiosos como los laicos lo piensan, aunque no siempre lo reconocen. La expresión política de este hecho es que, puesto que somos el pueblo elegido, nosotros, los judíos de Israel, tenemos derecho a hacer lo que queramos. Disfrutamos de derechos que otros pueblos no tienen, y la legislación internacional se aplica a cualquier país del mundo excepto al nuestro. Es evidente que esta idea va estrechamente ligada a la otra creencia profundamente arraigada de que Dios nos ha prometido esta tierra a nosotros y solo a nosotros. También en este caso, los israelíes judíos, los creyentes y hasta los laicos, fundamentan sus derechos políticos y su soberanía sobre este pedazo de tierra en una intervención divina, reconocida o no, hace más de 2.000 años. Esta intervención nos autoriza a obviar por completo el hecho de que, durante la mayor parte de esos 2.000 años, en Palestina vivían muy pocos judíos, y que hace solo 100, su territorio estaba habitado por más de un 90% de palestinos y menos de un 10% de judíos.

Esto nos lleva a la siguiente creencia, una vez más profundamente arraigada, de que los judíos no son solo la mayor víctima de la historia de la humanidad, sino también la única. Ser la única víctima y la mayor nos permite creer que, después del Holocausto, somos merecedores de todo. También permite que los israelíes no vean ninguna víctima más. A esto hay que sumar la actitud colectiva hacia los palestinos. El israelí medio no los percibe como seres humanos iguales. Los palestinos son diferentes. No quieren a sus hijos como nosotros queremos a los nuestros; no les importa morir como nos importa a nosotros. Han nacido para matar y solamente desean una cosa: empujar a los judíos al mar. Su deshumanización, unida a su demonización, expresada constantemente en los medios de comunicación y en la opinión general, es otra manera de lograr que al ocupador le sea más fácil vivir en paz con la ocupación.

Todas estas creencias y valores se han afianzado en los últimos 10 años, al tiempo que el bando partidario de la

## Opinión pública en Israel y Palestina

¿Apoya la solución basada en el establecimiento del Estado Palestino junto al Estado de Israel, conocida como la solución de dos Estados?

|                 | Total palestinos | Cisjordania | Franja de Gaza | Total israelíes | Judíos | Árabes |
|-----------------|------------------|-------------|----------------|-----------------|--------|--------|
| Apoyo total     | 10,1%            | 6,1%        | 17,7%          | 17,5%           | 12,0%  | 44,2%  |
| Apoyo           | 42,4%            | 42,1%       | 42,8%          | 35,0%           | 34,7%  | 36,3%  |
| Oposición total | 35,9%            | 38,9%       | 30,3%          | 23,9%           | 26,9%  | 9,7%   |
| Oposición       | 9,5%             | 10,0%       | 8,4%           | 16,5%           | 18,7%  | 5,7%   |
| NS/NC           | 2,1%             | 2,8%        | 0,8%           | 7,1%            | 7,7%   | 4,1%   |

Resultados de la encuesta conjunta realizada por el Tami Steinmetz Center for Peace Research (TSC), de la Universidad de Tel Aviv, y el Palestinian Center for Policy and Survey Research (PSR) en Ramala, financiada por la Unión Europea y el Netherlands Representative Office en Ramala. Agosto 2017.

paz se derrumbaba tras la segunda Intifada palestina. Los miembros de la derecha, que se han convertido en la fuerza dominante, han adquirido más confianza para difundir sus valores y traducirlos en leyes, en parte claramente antidemocráticas, y en políticas cotidianas. La paz ha quedado descartada. Incluso la palabra “ocupación” se ha vuelto controvertida. Hace unos años, el gobierno, así como amplios sectores de la opinión pública, empezaron a negar que existiese ocupación alguna. La campaña tuvo bastante éxito, y cada vez más israelíes afirman que no la hay, que no es posible ocupar tu propia tierra. El resultado es que, actualmente, la derecha de Israel afirma lo que nunca antes se había atrevido a afirmar: que los palestinos no tienen derechos nacionales sobre este territorio y que nunca los tendrán.

En este ambiente está claro que ya nadie habla de proceso de paz, de un acuerdo permanente, de justicia, de poner fin a la ocupación. Israel está haciendo todo lo que está en sus manos para mantener la situación, para reforzarla y para garantizar que nunca sea posible un Estado palestino. Sus esfuerzos están dando buenos resultados. Con alrededor de 700.000 colonos, incluidos los de Jerusalén Este, la posibilidad de un Estado palestino viable parece ya imposible. Mucha gente opina incluso que, a estas alturas, la situación es irreversible. Dado que casi el único grupo activo de la sociedad israelí son los colonos y sus partidarios, y que la mayoría silenciosa prácticamente solo se ocupa de sus asuntos privados –su profesión, sus ingresos, el ocio, el placer y las próximas vacaciones–, Israel ha quedado a merced de los asentamientos, tal vez para siempre. En otras palabras, no hay esperanza de que se produzca un cambio hacia la paz y la justicia para el pueblo palestino desde dentro de la sociedad israelí. En Israel se vive muy bien y el lavado de cerebro es muy eficaz. Cualquier paso dirigido a crear un Estado palestino será suicida para la política israelí. Los primeros ministros que lo intentaron fueron asesinados, como ocurrió con Isaac Rabin, o sus carreras políticas terminaron de golpe, como en los casos de Ehud Barak y Ehud Omert.

Israel no va a emprender ningún cambio porque no tiene incentivos para hacerlo. Antes bien, en estos momentos parece que cualquier novedad le va a costar más

caro que seguir con el *statu quo*, y mientras éste sea el balance, nadie puede esperar que vaya a acceder a hacer ninguna clase de concesiones. Este hecho innegable carga al mundo con una responsabilidad especial. La ocupación no puede seguir considerándose un fenómeno temporal; es parte integrante de Israel, que no tiene intención de ponerle fin. Israel y los territorios ocupados son una sola entidad, un Estado. Con ello, Israel se está convirtiendo en un régimen de apartheid, y la pregunta que se debería hacer al mundo es si está dispuesto a que exista otro régimen de apartheid en el siglo XXI. ¿Seguirá Occidente apoyando, armando y financiando a un Estado represor, intimidatorio y ocupador, que ignora por completo las resoluciones y las instituciones internacionales y se opone al que tal vez sea el más amplio consenso del actual escenario internacional: la condena de la ocupación? Después de 50 años en los que el mundo no ha hecho nada para acabar con la ocupación israelí y la ha apoyado directa e indirectamente, es hora de que nos preguntemos si estamos dispuestos a que pasen 50 años más, si estamos dispuestos a que pasen otros 500 años.

La actual es ya la tercera generación de palestinos que viven bajo esta brutal realidad. Parte de ellos habitan la cárcel denominada Franja de Gaza; otros viven bajo dominio militar directo en Cisjordania. Es la tercera generación con muy pocas perspectivas de futuro; la tercera que vive bajo uno de los regímenes más totalitarios, en el que cada más centenares de personas son sacadas de sus casas y detenidas; en el que la libertad de movimiento está limitada a un exiguo trozo de tierra; en el que la gente no tiene derechos civiles. La tercera generación de palestinos que viven a media hora de unas playas que no pueden esperar pisar jamás; el aniversario de una vida sin los derechos más básicos, que los habitantes del mundo libre dan por supuestos y los israelíes judíos disfrutaban casi sin límite.

Corresponde ahora al mundo dejarse de palabrería, condenando los asentamientos pero sin hacer nada. Le toca ahora decidir si otro régimen de *apartheid* puede formar parte del llamado “mundo libre” y crear una nueva realidad en la que los primeros 50 años de la ocupación sean también los últimos. ■

## Hamás en busca de su ideología

Tres factores han hecho posible la reconciliación palestina: el acercamiento entre Hamás y Egipto, la crisis económica en Gaza y la elección de Yahya al Sinwar.

Leila Seurat

**E**l 12 de octubre de 2017, Hamás y Al Fatah firmaban en El Cairo un acuerdo de reconciliación, el cuarto desde que Hamás tomó por la fuerza la Franja de Gaza en junio de 2007. En virtud de este acuerdo, Hamás decidía devolver las llaves de Gaza a Mahmud Abbas, cediendo en los principales temas de discordia que hasta entonces enfrentaban a las dos formaciones políticas: el pago del sueldo de sus funcionarios se revisó a la baja; y la Autoridad Palestina de Ramala recuperó el control sobre las fuerzas de seguridad de Hamás, así como de los pasos fronterizos. Si los acuerdos previos de 2011, 2012 y 2014 no hubieran conducido a la formación de un gobierno de unión nacional ni al levantamiento del bloqueo, este último intento podría ser otra cosa. No pretendemos medir sus posibilidades de éxito. Sería arriesgado hacer pronósticos al respecto, cuando menos porque ese éxito depende más que nada de la buena voluntad de los israelíes. La decisión de presentar los tres factores que han llevado a Hamás a aceptar ese acuerdo –uno exterior, uno interno y uno organizativo– responde al deseo de demostrar que el movimiento se mueve principalmente por sus intereses y no por su ideología. Sin embargo, muchos continúan pintando el Movimiento Islámico de Resistencia como algo impermeable a cualquier evolución, guiado únicamente por sus principios intangibles. Según algunos de esos análisis, la última reconciliación no es más que una bofetada que permite a Hamás preparar mejor su objetivo último: la destrucción del Estado de Israel. Frente a ese tipo de lectura, basada solo en la sospecha permanente del doble discurso, la idea es comprender lo que es Hamás observando sus prácticas.

### Cuando el enemigo se convierte en amigo: el acercamiento con el mariscal Al Sisi

**E**sta última reconciliación ha sido posible gracias a la implicación de los egipcios. Por mucho que el mariscal Abdelfatah al Sisi emprendiera una guerra abierta contra Hamás desde su llegada al poder en el

verano de 2013, responsabilizándolo de varios ataques contra las fuerzas de seguridad egipcias y destruyendo los túneles que separan Gaza de Egipto, el conflicto ya quedó atrás. El Cairo se ha acercado a Hamás para cumplir un objetivo doble. El primero es interno: mayor eficacia en la lucha contra los takfiríes en el Sinaí. El presidente egipcio confía en que un Hamás cooperativo sea más útil que un Hamás aislado. El segundo es exterior: Egipto persigue desempeñar un papel diplomático importante en la región, erigiéndose en mediador imprescindible en el contencioso israelo-palestino. En ese sentido, reunir a las facciones palestinas es condición previa a toda solución negociada. Con ello, El Cairo recuperaría su tradicional papel en la reconciliación, asumido por Catar en 2012. Este cambio de estrategia por parte de Egipto es necesariamente del agrado de Hamás, que lleva desde 2006 queriendo salir de su aislamiento. Tras varias reuniones entre los dirigentes del movimiento y los servicios de información egipcios, Hamás había adquirido un estatus de interlocutor nada despreciable. Con el declive regional de los Hermanos Musulmanes y el aislamiento de Catar por sus vínculos con esta organización tachada de terrorista, la respetabilidad atribuida a Hamás resulta un gesto importante por parte de Egipto que hace tambalear la homogeneidad ideológica de un presunto eje El Cairo-Riad-Abu Dabi.

Con el propósito de consolidar este acercamiento, el propio Hamás había hecho lo necesario. En su nuevo documento político, publicado en marzo de 2017, no mencionaba su afiliación a los Hermanos Musulmanes. Mientras que la declaración de 1988 presentaba a Hamás como la “rama palestina de los Hermanos Musulmanes”, este nuevo documento ya no hace referencia al vínculo de Hamás con la asociación egipcia. Sin embargo, en 2012, tras la elección de Mohamed Morsi como presidente de Egipto, Hamás no dudó en presentarse como un movimiento surgido de la cofradía egipcia. A raíz de su aproximación al depuesto presidente, había incluso organizado sus últimos comicios internos en El Cairo en 2013. Desde la llegada del mariscal Al Sisi al poder, con la esperanza de gozar de cierta tolerancia entre las nuevas autori-

Leila Seurat es posdoctoranda en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.



**Azzam al Ahmad (dcha.), de Al Fatah, y Saied al Aruri (izda.), de Hamás tras la firma del acuerdo de reconciliación palestina. El Cairo, 12 de octubre de 2017.**/KAHLED DESOUKI/AFP/GETTY IMAGES

dades egipcias, muy hostiles a los Hermanos Musulmanes, Hamás se presenta ahora como un movimiento “palestino nacionalista islamista”, borrando cualquier vínculo con la cofradía a expensas de cualquier lealtad histórica. En ese nuevo escenario y para reafirmar su acercamiento a Egipto, el único país que tiene frontera con la Franja de Gaza aparte de Israel, Hamás se mentalizó de que encomendarse a un entorno exclusivamente islámico ya no era productivo. Mediante gestos de buena voluntad que para algunos plasman la sumisión de Hamás, el movimiento se arriesga a la renuncia de una parte de su base, hecha a las ideas de la Hermandad. La propia visita el 9 de septiembre de Ismaei Haniyeh al Cairo levantó la cólera de parte de la juventud egipcia que apoya a los Hermanos Musulmanes.

Estos elementos deberían bastar para desterrar los análisis que insisten en los vínculos de Hamás con actores políticos exteriores para descalificar a la formación. Tanto por lo que respecta a sus relaciones con los Hermanos Musulmanes egipcios como a sus vínculos con potencias estatales como Catar, la variable ideológica no explica esas alianzas. En cuanto contradice los intereses del movimiento, la ideología ya no funciona.

El acuerdo del Hamás suní con el Irán chií es la prueba más elocuente.

### ¿Aferrarse al poder o cederlo al adversario?

**E**l segundo factor que explica la reconciliación entre Hamás y Al Fatah tiene que ver con la situación interna en la franja de Gaza. Frente a una crisis económica de envergadura, Hamás no puede garantizar su gestión administrativa. Ahora bien, este impasse no es tanto síntoma de una incompetencia presuntamente natural de Hamás como fruto del bloqueo que se le impone desde 2006. Al bloqueo israelí y egipcio se suman las medidas tomadas por el presidente Abbas que, para someter a Hamás, decidió dejar de abonar los recibos de la luz de Gaza, haciendo que la población civil pague el precio de un conflicto político interpalestino. Este estancamiento explica por qué Hamás resolvió finalmente retirarse de la gestión de Gaza y disolver su comité administrativo.

Hay que remontarse a 2013 para interpretar esta decisión. Cuando el mariscal Al Sisi destruyó los túneles de contrabando que comunicaban Egipto con Gaza, Hamás ya se vio en graves aprietos económicos. El funcionamiento

de su gobierno se había visto amenazado; cuando les revisaron los sueldos a la baja, sus funcionarios llevaban varios meses sin cobrar. Además de interrumpirse los recursos relacionados con el comercio de los túneles, el apoyo económico iraní había ido a menos. La guerra civil en Siria había desencadenado un desacuerdo entre Hamás e Irán: el primero estaba con la oposición; el segundo, con el régimen de Al Assad. Un buen número de dificultades materiales que, en junio de 2014, habían llevado a Hamás a firmar el acuerdo de Shati, que ya denotaba la misma voluntad del movimiento de traspasar la gestión de Gaza a Abbas. Inmediatamente seguido por la operación militar israelí, “Margen Protector”, ese pacto no prosperó. Al rechazo israelí se añadían discrepancias internas en el seno de Hamás, donde había quien consideraba el regreso de Al Fatah a Gaza una rendición inaceptable.

Estas diferencias muestran, para empezar, que el movimiento no puede entenderse como un bloque homogéneo. En su seno alberga distintas tendencias, que no son tanto el reflejo de discrepancias ideológicas como de intereses divergentes. Una parte de las Brigadas Al Qassam, que seguían gozando de la ayuda económica iraní, llevaban tiempo oponiéndose a una aproximación a Al Fatah, mientras que otra parte se beneficiaba de la recaudación de tasas en los puestos fronterizos de Hamás. En cambio, los partidarios del acuerdo de Shati creían que había llegado el momento de entregar las llaves de Gaza a Abbas y volverse a concentrar en la resistencia a Israel, que llevaba tiempo empañada por los imperativos del poder. Asimismo, los partidarios de la reconciliación podían justificar esa retirada por la necesidad de concentrarse en la islamización de la sociedad, el proyecto original de Hamás, antes de que éste decidiera participar en las elecciones, como otros movimientos surgidos de los Hermanos Musulmanes. La disolución del comité administrativo encargado de “velar por el buen funcionamiento de todos los servicios públicos” también supuso cierta decepción, en primer lugar para su presidente, Basem Naim. No obstante, es la prueba del pragmatismo de Hamás, que adapta su agenda a las posibilidades que se le plantean. La instauración de un gobierno paralelo en Gaza en 2007, y la consolidación autoritaria de su poder en ese territorio, insinuaban un cuasi-Estado en Gaza. Por el momento, éste no parece obstaculizar la reconciliación; los funcionarios de Hamás pueden ejercer de funcionarios de una autoridad palestina que se declara independiente de toda política partidista. Conservar el poder o renunciar a él no depende tanto de una ideología como de intereses coyunturales.

### Yahya al Sinwar: un ‘radical’ artífice de la reconciliación

**E**l último factor que permitió la reconciliación se enmarca en un cambio organizativo. Los comicios internos del movimiento, que se prolongaron durante meses, llevaron a la elección, el 13 de

febrero, de Yahya al Sinwar. Miembro fundador de la unidad de inteligencia Al Majd, antecesor de las Brigadas Al Qassam, está considerado el más radical entre los radicales del Movimiento Islámico de Resistencia. Tras más de dos décadas en prisiones israelíes, su estancia en la cárcel suele citarse para explicar su radicalismo. Presentado por la prensa israelí como un peligroso terrorista, su elección también generó dudas en el seno de Hamás: a algunas voces, llamadas “moderadas”, les preocupaba la presencia de un militar al frente de una organización política.

No obstante, Yahya al Sinwar, que fue representante de Hamás en los penales israelíes, está familiarizado con las prácticas estrictamente políticas. Tras su liberación en octubre de 2011 a cambio del soldado israelí Gilad Shalit, fue nombrado miembro de la oficina política en los comicios internos de 2013. Él es quien ha hecho posible la reconciliación: mantener estrechos lazos con las Brigadas de Ezzedin al Qassam le ha permitido imponer una decisión largo tiempo polémica en el brazo armado de Hamás. Gracias al apoyo con el que cuenta, puede evitar cualquier crítica y dar el último toque a su política de acercamiento con Al Fatah. Artífice de la reconciliación, parece uno de los pocos capaces de homogeneizar distintos polos de poder en el seno de Hamás con intereses a veces discordantes. Esto contradice una vez más, si es que aún hacía falta, los análisis que especulan sobre la capacidad de evolución de Hamás debido a su supuesta ideología. Los recientes bombardeos de túneles por el ejército israelí, que mataron a 12 militantes islamistas, dos de ellos combatientes de Hamás, siguen sin respuesta a día de hoy. Yahya al Sinwar podría bien ser quien permita concluir un acuerdo con Israel para un nuevo intercambio de prisioneros.

Tres factores han hecho posible la reconciliación palestina: el acercamiento entre Hamás y Egipto, el empeoramiento de la crisis económica en Gaza y la elección de Yahya al Sinwar. El acuerdo con Al Fatah parece una prioridad para el movimiento, que ha hecho caso omiso de sus supuestos principios intangibles. Enemigo jurado de Hamás y de los Hermanos Musulmanes egipcios, el mariscal Al Sisi se convierte en el amigo del momento, revolucionando cualquier lectura ideológica de las alianzas regionales. Entre el apego y la renuncia, la relación de Hamás con las instituciones políticas no tiene nada de estática. La instauración de un mini-Estado en Gaza, considerado durante mucho tiempo un “hamastán”, ya no es un fin en sí. En conclusión, contra todo pronóstico, es el “radical” Yahya al Sinwar quien se ha erigido en promotor del acuerdo con Al Fatah. ¿Qué hacer con los “moderados” o con los “radicales”, cuando los supuestos “radicales” de Hamás evitan responder a las provocaciones israelíes? ■